

Y yo lo leo primero. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Por favor.

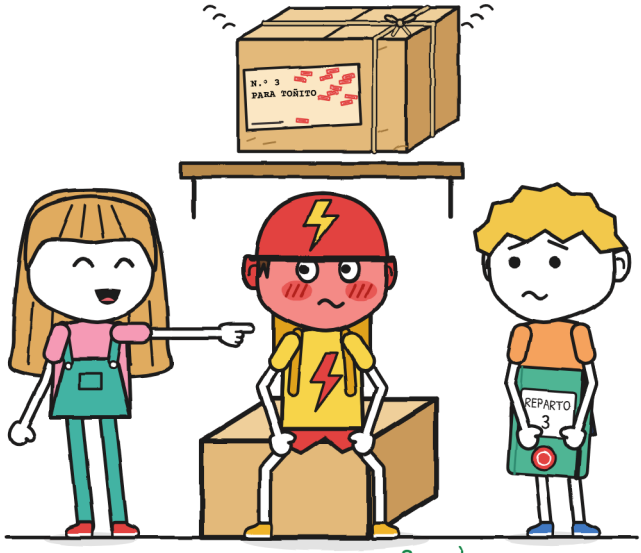


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los paquetes de verdad no vuelven volando. Con una bici de verdad, manda la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Tercer libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde» y «No abrir antes del trueno».

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

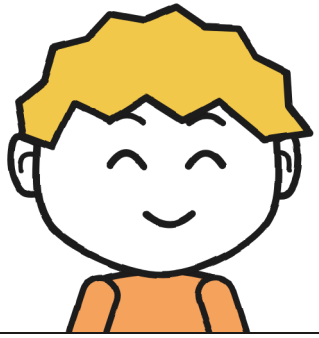
Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

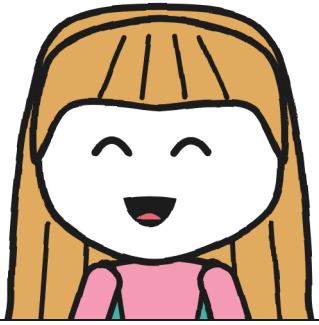
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún repartidor resultó herido durante la escritura de este libro. Colorado, sí. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Dibuja cosas que nadie le ha pedido. Este cuaderno es suyo.



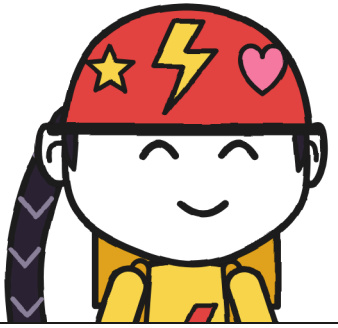
Julita. Escribe en verde y firma J. Siempre sabe cómo ayudar. Ese es el problema.



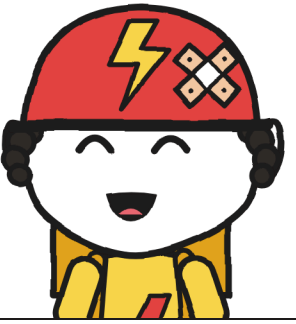
Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis. Se pone rojo por partes.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



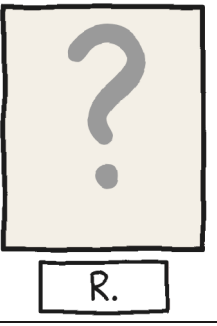
Zoe. De RAYO. La más rápida. Pone los motes.



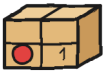
Bruno. De RAYO. Pinchó una vez. Hace dos años.



El paquete n.º 3. Suena cuando lo mueven. En la etiqueta solo pone un nombre.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.



CAPÍTULO 1

Tilín

Tilín.

Fue un ruido muy pequeño, de los que solo se oyen cuando todo lo demás se ha callado: una cucharilla contra una taza, el timbre de una bici de juguete. Venía de la estantería de los devueltos, y los cuatro que quedábamos en la tienda de Mara nos quedamos tan quietos que se habría oído caer una chispa del sello.

La tormenta se había ido hacía rato. Julita seguía subida a mi taburete azul, con el rotulador verde en alto y el 18 recién escrito al lado del 19 tachado. Mara tenía una mano a medio camino de la persiana. Yo, que no sé qué hacer con las manos ni en los mejores momentos, no hice nada con ellas.

Era el n.º 3. Y Toño, que reparte para RAYO en diez minutos o gratis, se puso del color de su casco.

El cuaderno era nuevo. El 2 se me acabó en una sola tormenta; este es verde, lleva en una esquina el sello de la tienda y lo iba a

estrenar yo, con ceremonia: título en la primera página y una palabra nueva.

CUADERNO DE REPARTO 3 · de Guni. SECRETO.

«Secreto» significa que lo leo yo primero. Y no se lo cuento a nadie. —J.

Escribí el título con la lengua fuera y fui a por una goma, por si me había quedado torcido. Cuando volví, ya lo había estrenado Julita.

—Te lo he estrenado para ayudarte —dijo—. De nada.

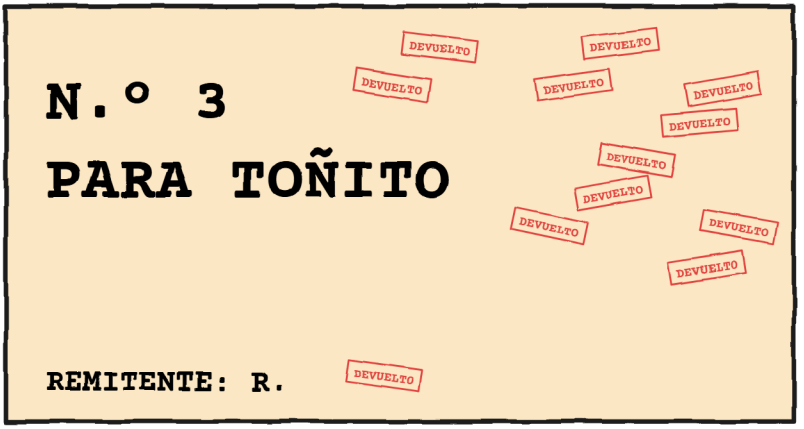
Yo no le había pedido ayuda. Con Julita, eso da igual.

Lo demás, por si algún día lo lee alguien que no sea ella. La tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos: paquetes que nadie ha conseguido entregar. Tienen una sola regla: si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda, puntual como un gato a la hora de cenar. Eran veinte, y los manda siempre la misma persona, R., de quien ya tenía seis pistas en el cuaderno azul. Julita y yo hemos entregado dos, un huevo de dragón y unas semillas con patas que corrían, y en la pared pone, con letra suya y en verde, QUEDAN 18.

Julita es la de las notas verdes. Yo soy Guni, el nuevo del barrio: casi todo lo mío sigue en cajas. Y Toño es el repartidor de

RAYO, el de la mochila amarilla, que cumple castigo con nosotros los sábados y que, desde la tormenta, tiene sitio propio en la tienda: una caja de reparto boca abajo, junto a los taburetes. Mara se la puso sin dar explicaciones. «De momento», dijo. Nadie se atrevió a preguntar hasta cuándo dura un de momento.

El n.º 3 estaba en la balda de arriba, junto a los dos huecos que habían dejado el huevo y las semillas, con la etiqueta de frente. Me acerqué a leerla, de pie y sin tocar.



Tres líneas a máquina: N.º 3. PARA TOÑITO. Y abajo del todo, REMITENTE: R. Entre el nombre y la última línea quedaba un campo entero de papel en blanco. Alrededor, doce sellos de DEVUELTO. Los conté.

Julita se bajó del taburete de un salto y se puso a mi lado. Leyó en voz alta:

—Para To...

Y cerró la boca.

Julita no se calla nunca a mitad de una palabra. Miré a Toño y entendí por qué.

La leí media vez. La otra media me la tragué. —J.

Hay gente que se pone roja de golpe. Toño no: Toño se pone rojo por partes. Empezó por las orejas. Siguió por las mejillas. Después se le llenó la cara entera, hasta la correa del casco, y quedaba todavía un último escalón, el peor, que es cuando la cara y el casco dejan de distinguirse. Desde lo del temblómetro del n.º 2 no sé mirar nada que cambie sin ponerle una escala, así que lo apunté.

ROJÓMETRO DE TOÑO



Julita alargó el brazo hacia el paquete para leer lo que le faltaba.

—Ese paquete puede esperar —dijo Toño, muy deprisa—. Lleva años esperando, ¿no? Pues un día más. O diez. RAYO no tiene prisa.

Era la primera vez que oía a RAYO decir eso.

—Esta noche no se abre nada —dijo Mara—. Y la estantería no se toca sin permiso.

La mano de Julita se quedó en el aire, a un dedo de la etiqueta. Nadie tocó nada. Y entonces sonó otra vez.

Tilín.

—¡Ha sido la puerta! —dijo Julita, con una voz que no le conocía: demasiado alta y demasiado pronto.

La puerta llevaba cerrada desde que se fue Vera.

Cuando no entiendo algo, hago una lista. Sospechosos del tilín:

1. La puerta. (Propuesta de Julita. Cerrada, sin corriente y sin nadie que la empujara.)
2. La bici de Toño, en la acera, con el timbre de RAYO. (Hace RIIING, no tilín. Pero es un timbre.)
3. La rana de goma. (Julita la declaró inocente al instante. Dice que la conoce.)
4. El n.º 3.

Puse el n.º 3 el último, por educación.

Salí a la acera a comprobarlo. Me llevé la rana de camino, porque un sospechoso no se interroga a distancia.

Ya no llovía. La calle olía a asfalto mojado y cada charco tenía una farola dentro. Abrí y cerré la puerta: ñiiic. Toqué el timbre de la bici de Toño: ¡RIIING! Apreté la rana: cuic.

Al otro lado del cristal, Julita me decía que no con el dedo. A cada ruido, lo mismo, de un lado a otro, como el limpiaparabrisas de un coche. Ninguno era.

Volví a entrar y dejé la rana en el mostrador. Toño, que me vio mirarlo, se revolvió en su caja.

Tilín.

Me agaché. La caja de Toño estaba apoyada contra la pata de la estantería.

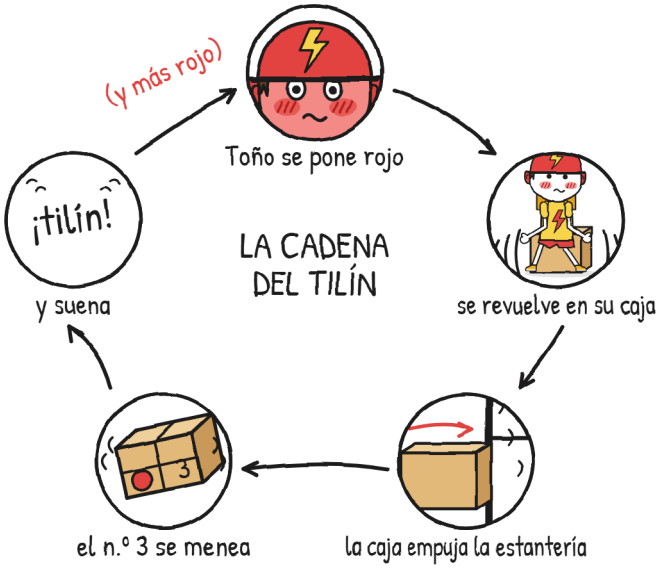
Lo dibujé allí mismo, de rodillas, y me salió un círculo, porque por más vueltas que le daba no encontraba dónde empezaba.

No era magia. Era Toño. Dentro del n.º 3 hay algo que suena cuando lo mueven.

Como yo. —J.

Toño siguió mi mirada hasta la pata de la estantería, miró su caja y decidió quedarse quieto.

Le duró lo que dura una goma estirada.



Quieto. Después, más quieto: tan quieto que se le oía pensar «quieto», con una gota bajándole por la sien. Julita llevaba un minuto largo sin hablar, que para ella es como aguantar la respiración debajo del agua, y tarde o temprano se sale a flote con lo que se tiene más cerca de la boca.

—¿Quién es Toñito?

Toño dio un bote. La caja empujó la pata, la estantería tembló y el n.º 3 dijo ¡TILÍN! con una fuerza que ningún tilín merece. Mara miró al techo, como quien cuenta hasta tres.

—Solo era una pregunta —dijo Julita—. Las preguntas no empujan estanterías.

Esta sí.

—Era yo —dijo Toño, mirándose las zapatillas—. De pequeño.

Lo dijo tan bajito que la rana, que estaba en el mostrador más cerca de él que yo, lo oyó mejor.

Julita abrió la boca. Le vi las preguntas haciendo cola, como en la panadería un domingo por la mañana, la primera ya con el dinero en la mano. Luego miró a Toño, que seguía mirándose las zapatillas, y la cerró.

—No pregunto más —dijo.

Le costó. Se le notó en el pie: tac, tac, tac contra el suelo de la tienda.

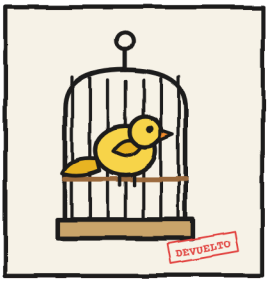
Preguntas que no hice: nueve. Las tengo apuntadas. —J.

—¿Y por qué no se lo has llevado nunca? —le dije a Mara.

—Doce veces lo he llevado. —No hizo falta que nadie contara los sellos—. Mira la etiqueta: ni calle, ni número de portal, ni apellido. Probé con todos los Toñitos que encontré.

Los fue contando de memoria, con los dedos, y yo los dibujé según los iba oyendo. Un canario, que se llamaba Toñito de verdad y que pisó la etiqueta: no valió. Don Antonio, de 71 años, que se puso las gafas, leyó el papel dos veces y dijo «Ya me gustaría», mirándolo como se mira un escaparate. Una barca del canal con el nombre pintado en el costado, que tampoco firmó, porque no tiene manos.

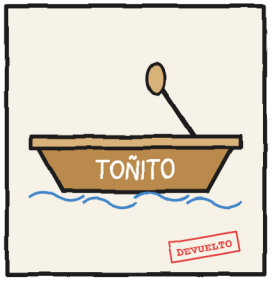
LOS TOÑITOS DE MARA



1. Un canario.
(Pisó la etiqueta. No vale.)



2. Don Antonio, 71 años.
(«Ya me gustaría».)



3. Una barca del canal.
(No tiene manos.)

—¿Y Toño? —preguntó Julita.

—La última vez que lo intenté aún no lo conocía —dijo Mara, y lo miró—. Y nadie me dijo cómo lo llamaban de pequeño.

Mara sacó de debajo del mostrador un paño morado y tapó el n.º 3 como quien tapa la jaula de un loro para que se duerma. Después le pidió a Toño que se levantara un momento y apartó su caja dos palmos de la estantería.

—Así. Ahora puedes moverte lo que quieras.

Toño podía haberse ido. Tenía la bici en la puerta: en diez minutos habría estado en la otra punta del barrio. Se volvió a sentar.

No sé por qué. Lo apunto igual.

Y como su caja no tiene respaldo, le dibujé uno: alto, un poco curvo, con un cojín pequeño, a lápiz y con línea de puntos, y debajo, en letra chica: «respaldo (idea mía)».

Nadie te ha pedido un respaldo. —J.



Al cerrar, Toño se quedó el último, abrochándose el casco con una lentitud que en RAYO sería falta grave. Mara apagaba las luces de una en una; el paño morado seguía sobre el paquete, en la balda de arriba.

—Mara. Mañana vengo a hablar de eso. Pero en privado.

—Estos dos son de la tienda —dijo Mara, sin volverse.

Toño nos miró. A Julita primero; luego a mí. Me enderecé en el taburete.

—Estos, vale —dijo—. Pero nadie de RAYO.

Salió y se alejó entre los charcos, con la bici de la mano.

El tilín ya tenía dueño. Faltaba saber si el dueño lo quería.

Yo ya sé cómo ayudarle. —J.

Eso es lo que me preocupa.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. Mismo tilín. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)